

MARTA MARÍQUEZ GÓMEZ, *La Recepción de Calderón en el Siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, colección Biblioteca Áurea Hispánica, 2011, 251 págs.

La Recepción de Calderón en el Siglo XIX es el fruto de una provechosa tesis doctoral realizada por Marta Manríquez Gómez, profesora asociada en el Departamento de Español y Portugués del Middlebury College de Vermont (EE. UU.). Esta joven investigadora ha encaminado sus esfuerzos al estudio de la literatura española moderna y contemporánea, prestando especial atención al campo de las polémicas literarias y a la relación entre literatura y forja de la identidad nacional.

Tal y como se aprecia en el título de su trabajo, *La Recepción de Calderón en el siglo XIX*, este tiene una orientación claramente teórica, enmarcada en los estudios de Estética de la Recepción. Como sabemos, desde finales de los años 60, estudiosos de la Literatura como Jauss, Iser o Weinrich sintieron la necesidad de reivindicar la figura del lector, olvidada en las investigaciones literarias tradicionales, como elemento fundamental en el proceso de comunicación artística y, particularmente, literaria. En efecto, desde estas fechas ciertos estudios se han ocupado de dilucidar el papel activo que juega el lector en la interpretación de la obra literaria y en demostrar cómo esta va adquiriendo diversos significados para distintos lectores en épocas sucesivas.

Desde esta perspectiva de investigación, la figura de Calderón resulta paradigmática, ya que su obra ha estado históricamente sujeta a múltiples interpretaciones y valoraciones en función de diversos intereses e ideologías. Marta Manríquez Gómez decide convertir al genio barroco en el centro de su estudio, ahondando en la línea de investigación abierta por su mentor Jesús Pérez Magallón en la obra *Calderón: icono cultural e identitario del conservadurismo político*.

La Recepción de Calderón en el siglo XIX estudia uno de los periodos más controvertidos ideológicamente de la historia de nuestro país, el que abarca desde finales del siglo XVIII a finales del XIX, pues en él se forma el concepto de identidad nacional española. La forja de este sentido de lo español acarrea el enfrentamiento entre dos grupos irreconciliables dentro de la clase dominante del país: el de los conservadores, tradicionalistas y católicos, y el de los reformistas, liberales y europeístas. En el seno de este debate surge la figura de Calderón que se convertirá para los conservadores en un icono,

símbolo de la identidad nacional. Esta utilización interesada de la figura y obra de Calderón acarrea forzosamente una interpretación simplificada de las mismas, mediatizada exclusivamente por fines políticos e ideológicos. De esta manera, la facción conservadora acuñará una caricatura de Calderón, que quedará convertido en la encarnación del conservadurismo, del catolicismo, de la defensa de la monarquía y de cierto sentimiento de intolerancia hacia lo extranjero, especialmente lo francés.

La tesis doctoral de Marta Manríquez plantea la necesidad de analizar la historia de la recepción de la obra de Calderón durante los siglos XVIII y XIX no como una cuestión meramente histórica y literaria, sino como un problema con evidentes connotaciones políticas, relacionadas con el concepto de identidad nacional que se fraguaba por aquella época.

Desde esta óptica, la autora plantea en primer lugar el estudio de la famosa *querella calderoniana*, que, entre 1814 y 1820 enfrentó a intelectuales conservadores, como Böhl de Faber y Larrea, defensores de una monarquía teocrática, contra los reformistas De Mora y Alcalá Galiano, partidarios de un régimen monárquico constitucional. Aunque aparentemente se trataba de una polémica literaria, subyacía en ella un trascendental debate político acerca de la identidad nacional española, que los conservadores querían identificar con el Siglo de Oro como época de esplendor literario, político y militar. Comienza así a labrarse una simbología conservadora en torno a la figura de Calderón que se mantendrá en los años posteriores a la querella (1823-1833), tal y como estudia la autora. Así, recoge las principales aportaciones a la polémica de los intelectuales conservadores, mostrando cómo pensadores como Monteggia, López Soler, Agustín Durán o Carnerero habían interiorizado la imagen del dramaturgo como símbolo de todos los valores tradicionalistas: el absolutismo monárquico, el catolicismo exacerbado y el españolismo, entendido este como el conjunto de costumbres, carácter e idiosincrasia propios de nuestro país. El afianzamiento de esta visión de la obra de Calderón es tal, que incluso ideólogos afrancesados como Alberto Lista aceptan (con algunos matices) la consideración de Calderón como icono del nacionalismo cultural.

Junto a las aportaciones críticas de los intelectuales de la primera mitad del siglo XIX sobre la obra del escritor, el libro recoge también las valoraciones aparecidas en la prensa escrita del periodo comprendido entre los años finales de la época absolutista y la

transición hacia la regencia de María Cristina. Hemos de recordar que la prensa de esa época estaba sometida a una rígida censura que velaba por la difusión de los principios tradicionalistas y conservadores del Gobierno. De este modo, encontraremos referencias a la figura de Calderón en algunas de las más significativas publicaciones de la época, como *Revista Española*, *El artista*, *No me olvides*, *La abeja* o *Eco de Comercio*. Todas ellas abundan en la creación de una idea inventada del desarrollo de la literatura hispánica en el tiempo, concibiéndola como el reflejo de un supuesto carácter español asentado en principios tradicionalistas y católicos. A las aportaciones de los periódicos hemos de sumar, además, la visión que viajeros y filósofos extranjeros de la época ofrecen de España en el exterior, potenciando, desde presupuestos románticos, los valores más castizos y tradicionales de nuestro país.

En efecto, durante los años de la polémica calderoniana, asistimos al enfrentamiento entre dos cosmovisiones enfrentadas, la del Romanticismo Tradicionalista, encarnado por Böhl de Faber, Agustín Durán o Carnerero y la del Romanticismo Liberal, representado en España fundamentalmente por la figura de Larra. La primera es la propia de los fernandinos, que identifican la identidad nacional con los principios del imperialismo, el catolicismo y el absolutismo y que ya por esas fechas, han convertido a Calderón de la Barca en un icono ideológico.

El último capítulo de la obra aborda el estudio de las diatribas acerca de la figura de Calderón en el último cuarto del siglo XIX, especialmente con motivo del II centenario del fallecimiento del dramaturgo. Esta efeméride hace que los críticos literarios más progresistas cuestionen la interpretación tradicionalista de su obra, intentando realizar un juicio más objetivo de la misma y volcando su interés en las obras profanas de Calderón, tradicionalmente olvidadas por la crítica. Entre ellos destaca la figura del novelista Juan Valera, que intenta trazar una nueva imagen de Calderón, criticando por igual el desprecio y las alabanzas desmesuradas hacia su obra motivadas por razones políticas. Este posicionamiento político impide, a su juicio, el conocimiento de la esencia de su obra y de la literatura áurea en general. Se hace necesario, en consecuencia, el abandono de perspectivas politizadas y el estudio fundamentalmente literario de Calderón de la Barca.

Ante esta situación, la reacción de la crítica conservadora no se hará esperar, y teóricos como Marcelino Menéndez Pelayo defenderán

que su postura ideológica es la única desde la que se puede comprender y valorar su obra y, en general, la creación artística del Siglo de Oro. Concretamente, el estudioso santanderino rectificará su postura juvenil de desprecio de los excesos barrocos de Calderón para convertirse en uno de sus más acérrimos defensores, al considerar al escritor un auténtico icono de lo español, lo católico y lo monárquico. El polígrafo santanderino plantea la historiografía literaria desde una perspectiva absolutamente católica y en diversos escritos, así como en su famoso *Brindis del Retiro*, difundirá una visión irreal y mitificada de Calderón, como encarnación de la raza española, la tradición, el Imperio y, por supuesto, la defensa a ultranza de la religión católica. Sin lugar a dudas, Menéndez Pelayo es uno de los críticos más influyentes en la historiografía literaria española: su visión, sus interpretaciones, a menudo acertadas, y su modo de entender a los clásicos y sus obras han superado las barreras del tiempo para ejercer una poderosa influencia en la crítica española de todas las épocas. En el caso de la obra de Calderón, es evidente que ello ha contribuido a crear una imagen reaccionaria y ultracatólica del dramaturgo barroco, haciendo que generación tras generación se repitan ciertos tópicos acerca de su figura, insistiendo siempre en su conservadurismo y tradicionalismo. Esta misma visión fue retomada por el Régimen durante los años del franquismo, convirtiéndolo en la encarnación de una determinada manera de entender la identidad nacional.

Para todo estudioso de la Literatura Española, se hace necesario, por lo tanto, el conocimiento de la historia de la recepción e interpretación de una obra literaria a fin de dilucidar con exactitud qué valores emanan de ella en sí y cuáles son el resultado de la construcción cultural e ideológica a la que inevitablemente está sometida su interpretación como patrimonio cultural de nuestra sociedad. En el caso particular de los estudios sobre la figura y obra de Calderón de la Barca, la lectura de este libro resulta realmente valiosa para que el investigador pueda librarse de ciertos prejuicios heredados de la tradición crítica y forjarse una visión mucho más lúcida de la obra de Calderón de la Barca, uno de los mayores genios del teatro de todos los tiempos.

LAURA HERNÁNDEZ¹
Universidad de Valladolid

¹ Laura Hernández es becaria FPI del Gobierno Vasco y estudiante de Doctorado en la Universidad de Valladolid.